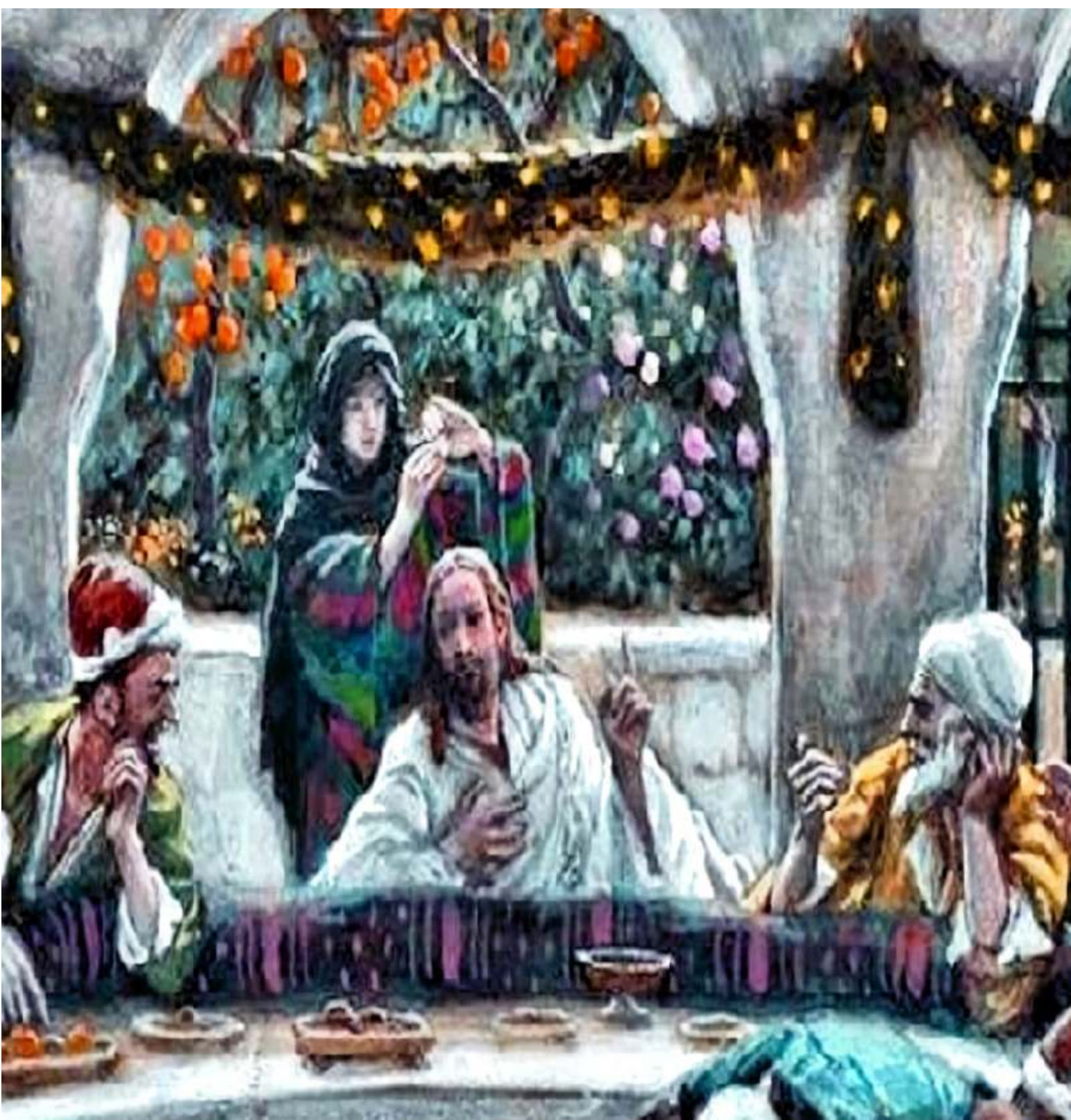


LUZ ENTRE LAS SOMBRAS



Lunes XXXI
Tiempo Ordinario



Lucas 14,12-14

“Cuando des una comida no invites a quienes te corresponderán invitándote pues quedarás pagado: invita a pobres y lisiados y serás bienaventurado, porque no pueden pagarte; te pagarán en la resurrección de los justos.”



Es fácil compartir para recibir. Pero compartir con quien nada tiene, de quien no podemos esperar nada porque no va a poder recompensarnos, eso es verdadera muestra de amor al prójimo, amor de ágape, que busca y goza haciendo el bien sin esperar recompensa. Y es así como el Reino se va abriendo: cuando los pobres, los enfermos, los necesitados son los invitados, ya que no pueden devolver nada porque nada tienen.



El secreto de la bienaventuranza consiste en dar prioridad a los pobres, a los que sólo saben estar acurrucados para llorar o para gritar su nada. ¿Doy por amor, o por puro comercio? ¿Al dar, busco el bien de la persona invitada, o el mío propio? ¿Doy para corresponder a quien me da o buscando que a su vez me den? Eso no es amar a los demás sino a uno mismo: “Si amas sólo al que te ama, ¿qué mérito tienes?” (Lc 6,32).



Dar para que me den (comerciar con las necesidades humanas, clientelismo, favoritismo, tráfico de influencias, ventajismo, agradar para trepar...) es contrario al Reino de Dios. Se trata de “amar a cambio de nada”, con absoluta gratuidad, porque así es Dios, siempre y en todo lugar. La única razón válida, según Jesús, es hacer el bien sin excluir a nadie y sin esperar recompensa alguna: sólo por puro amor y gratuidad.



Todo lo que hace y dice Jesús tiene como trasfondo el Reino de Dios. Lo que dice hoy también, y supone una desinstalación de la cultura predominante: la del interés, la del acaparamiento, la del oportunismo, la de tener contactos que, a su vez, nos puedan tener a nosotros. Jesús busca que, desinstalada esa cultura, instalemos la de la gratuidad, la de la solidaridad, la del interés y compromiso por el otro, por los otros.

“Si convidas al pobre...



**tendrás por deudor a Dios,
que nunca olvida”**
(San Juan Crisóstomo).